

Mariana no retrocedió, y dijo:

—Sabré darle la noticia mejor que nadie; déjame, te aseguro que tendré valor.

Pero, de repente, le dió un desmayo, y hubo que acostarla en un diván de la sala. Entonces, viendo que Constancia llamaba a su camarera para que le trajera el botiquín, Mateo dijo:

—También está preñada, de cuatro meses, lo mismo que Carlota. Como ya tiene cuarenta y tres años, eso le causa alguna vergüenza... ¡Pobre mujer! quería evitar un susto a Carlota, y quizás sucumba a su vez.

¡Preñada! Constancia supo la noticia, que le pareció el golpe de maza que acaba con la vida. Aun cuando Dionisio muriera a su vez, otro Froment nacía para reemplazarle; siempre así, siempre uno detrás del otro, hasta lo infinito. Era un pululamiento de fuerza, de vida inagotable, contra el cual no era posible luchar. Al ver que la brecha abierta se cerraba en seguida, comprendió lo miserable de su condición y sintió lo tremendo de su esterilidad. Quedó vencida, dominada por un terror sagrado, barrida, arrastrada por el desbordamiento de aquella fecundidad sin fin.

¶

Catorce meses después hubo una fiesta en Chantebled: Dionisio, que había entrado en la fundación al morir Blas, se casaba con Marta Desvignes. Aquella fiesta, después de un luto tan doloroso, era para la casa lo que el sol de la primavera vera después del rudo invierno. Mateo y Mariana, entristecidos hasta entonces, sentían una emoción

de dicha ante aquel renovamiento de vida. Hacía ya más de dos años que Rosa dormía en el cementerio de Jonville, y un año que Blas estaba allí también, durmiendo bajo flores continuamente renovadas. La instalación de Dionisio en la fundación había ocurrido naturalmente. Si no entró allí desde su salida de la escuela, era porque Blas había ocupado ya el sitio de director. Todos sus estudios técnicos le designaban para ocupar aquel puesto, y fué a vivir al pabelloncito, del que huyó Carlota con su hijita Berta, yendo a Chantebled. La entrada de Dionisio arreglaba el asunto del dinero prestado a Beauchéne, puesto que el hermano, substituyendo al hermano, firmaría el contrato que aquél debía firmar. Quiso sin embargo Dionisio, por una atención delicada, que de los beneficios que obtuviera, se señalara una pensión para Carlota, la viuda de su hermano. Todo se había arreglado en ocho días, sin discusión posible, por la lógica de los acontecimientos. Ni la misma Constancia había podido oponerse a tal arreglo, pues su marido repetía: «¿Qué quieres que haga? De todos modos necesito uno que me ayude, y lo mismo da que sea Dionisio que otro cualquiera. Antes de un año habré rescatado el dinero que le debo, y le echaré fuera si me fastidia». Y Constancia callaba, para no arrojarle su ignominia al rostro, sintiendo que las paredes de las casas se derrumbaban una por una. Entonces es cuando Dionisio, teniendo asegurada una posición, decidió casarse con la hermana de Carlota, Marta, que había sido inseparable amiga de Rosa; es decir, que había sido esposa desde tres años antes. Él y ella habían conocido y amado desde niños, prometiéndose uno a otro y esperando pacientemente la edad de poder crear una familia. Todo el mundo extrañaba que Dionisio, a quien sonreía un por-

venir magnífico, se casara con aquella muchacha que no tenía ni un céntimo de dote; pero Mariana y Mateo sonreían y consentían, comprendiendo perfectamente a su hijo. Este no quería una heredera que le costaría más de lo que llevaría en dote, y estaba muy contento de haber descubierto una mujer linda, muy sana, muy razonable, avispada y prudente, que sería su compañera durante toda su vida. Había estudiado a fondo su carácter y estaba convencido de que jamás se turbaría la paz conyugal, pues aquella joven le quería entrañablemente y tenía todas las cualidades necesarias para hacerle feliz, para conseguir que jamás se turbara la limpidez del porvenir que le aparecía limpio y risueño. La víspera del matrimonio se hicieron grandes preparativos en Chantebled. Sin embargo, la fiesta debía tener un carácter íntimo, a causa del reciente luto. Únicamente habían sido invitados los Seguin y los Beauchéne. Sin embargo, como la ternura rebosaba en todos los corazones, se procuró que aquella fiesta resultase animada, aunque íntima, cariñosa, aunque no fuera muy alegre. Como aquellos días de julio eran tan espléndidos, se decidió poner la mesa en pleno aire, bajo los árboles. Había un sitio precioso junto al antiguo pabellón habitado en otro tiempo por Mariana y Mateo cuando llegaron a Jonville. Era aquel el nido de la familia, el hogar desde el que años después se extendió la conquista de la raza. Aquel pabellón lo había hecho restaurar Mateo, con la intención de retirarse allí con Mariana y Carlota y sus hijos cuando dejarían a Gervasio la granja, a modo de patriarcas que se retiran de la vida activa y que no tienen otra autoridad sobre sus hijos y descendientes sino la que, indefectiblemente, emana de sus prudentes consejos. En el sitio que ocupaba

el antiguo jardín inculto, había un ancho cuadro de musgo, rodeado de olmos y de plátanos blancos. Aquellos árboles los había plantado él, los dejó crecer y eran como su carne. Pero su hijo amado, el preferido de su corazón, era un roble compacto que tenía ya veinte años, del cual había plantado el débil tronco junto con Mariana cuando fundaron la propiedad de Chantebled. Había cerca de aquel roble un estanque de agua corriente alimentado por los manantiales que encauaron, cuyo cristalino ruido engendraba una alegría perpetua que reinaba sobre aquel montón de tierra. La víspera del matrimonio se celebró conopejo en aquel sitio. Mateo y Mariana, que habían llegado los primeros para cuidar los preparativos necesarios, encontraron allí a Carlota, que, con un álbum sobre la falda, acababa un croquis del roble.

—¿Nos preparas una sorpresa?

Sonrió, un tanto confusa.

—Sí, sí, es una sorpresa.

Luego les confesó que, desde quince días antes, pintaba, a la acuarela, la lista del almuerzo de las bodas. Su idea era poner allí cabezas de niños, de los niños de la familia, de los cuales había apropiado las facciones, aprovechando antiguos retratos. El roble serviría de marco para las cabezas de los más pequeños, de Benjamín y de Guiseppe. Mateo y Mariana se entusiasmaron y enardecieron al ver el desfile de aquellas cabezas sonrosadas que reconocieron a primera vista. Aparecían allí los dos gemelos en la cuna, abrazados uno a otro; Rosa, la muerta tan querida, enseñando sus bracitos desnudos; Ambrosio y Gervasio peleándose sobre la hierba; Gregorio, Nicolás, Clara, Luisa, Magdalena y Margarita con

riando detrás de las gallinas, o montando a flor-
cajadas sobre los potros. Lo que conmovió más
a Mariana, fué ver a su pequeño Benjamín, que
tenía nueve meses apenas, retratado junto a Guil-
lermo, el hijo de Carlota, que tenía la misma
edad que él, juntos ambos en un cochecito bajo
las ramas del roble.

—¡El tío y el sobrino!—exclamó Mateo bromean-
do.—De todos modos, el tío es mayor, aunque lo
sea de pocos días.

Mariana sintió que lágrimas de ternura asoma-
ban a sus ojos.

—¡Hijos queridos! ¡Tesoros míos! Ahí están mi
hijo y mi nieto. Esos dos son el supremo con-
suelo; ellos son los que han cerrado la herida,
a ellos debemos nuestro valor.

Era verdad. Durante los primeros días que si-
guieron a la muerte de Blas y a la llegada de
Carlota a la granja, la tristeza que reinó allí fué
abrumadora. Mariana estuvo a pique de morir del
disgusto. Su primera alegría fué ver que su nieto,
Berta, que en París estaba enfermiza, se re-
bustecía y tenía colores en Chantebled. Carlota
había decidido acabar allí sus días al lado de sus
hijos, junto a Mariana y Mateo, que tanto la que-
rían. Quiso trabajar de todas maneras y, sin cui-
darse de la parte que tenía en la fundición, pintó
miniatura para un comerciante de París. Des-
pués del parto de Guillermo, el retrato del padre
moribundo ocupaba por completo su vida. Las
dos mujeres, las dos madres, sintieron un consue-
lo infinito en nutrir a los pequeñuelos. Cuidában-
los con todo esmero y les daban el pecho a las
mismas horas, deseosas de verlos convertidos en
muchachos sanos, robustos y buenos. Aunque
una tuviera casi doble edad que la otra, creían
ser hermanas al ver que la misma leche fecundaba

brotaba de sus senos. Disipóse su tristeza y sonrie-
ron al ver sonreír a los dos angelitos, y no había
cuadro más alegre ni más conmovedor que aque-
lla suegra y aquella nuera tan unidas, tan cariño-
sas para el fruto de sus entrañas.

—Cuidado, esconda usted las acuarelas—dijo Ma-
teo,—aquí están Gervasio y Clara que vienen a
buscar un buen sitio para poner la mesa.

A los diecinueve años, Gervasio era un coloso,
el más alto y fuerte de la familia, con los ojos
inteligentes y claros y un rostro rebosante de sa-
lud y de vida. Mateo le llamaba por broma el «hijo
de Cibeles», lo cual hacía sonreír algo a Mariana,
que recordaba del modo cómo había sido conce-
bido aquel niño en mitad de la noche, en tanto que
Chantebled se hallaba envuelto entre las sombras
del misterio. Había sido siempre el preferido de
su padre, el hijo de la tierra fértil, el que educaba
con esmero, a fin de que un día pudiera continuar
su obra. Ya actualmente le dejaba la dirección
de la granja. Tenía ganas de que Clara le ayudara
en aquella dirección si conseguía casarla con al-
gún mozo inteligente y poco interesado. Desde que
su madre criaba de nuevo, Clara le suplía, gallar-
da y fuerte, a los diecisiete años, a causa de su
temperamento vigoroso. Se ocupaba sobre todo de
la cocina y del arreglo de la casa, teniendo mucha
prudencia, quizás excesiva, por lo cual se le bur-
laban sus demás hermanos.

—¿Aquí es donde pondrán la mesa?—preguntó
Gervasio.—Entonces voy a hacer cortar la hierba.
Por su parte, Clara contaba el número de los
convidados y pensaba en el modo de presentar
mejor la mesa. Gervasio había llamado a Federi-
co, a fin de que le auxiliara, y para discutir las úl-
timas disposiciones que debían tomarse. Después
de la muerte de Rosa, Federico, su novio, había

continuado trabajando al lado de Gervasio, del que se convirtió en el auxiliar más activo y más inteligente.

Desde hacía algunos meses, Mateo y Mariana habían advertido que rondaba a Clara, como si, a falta de la mayor, quisiera la menor, menos linda, pero robusta y buena para la casa. Al principio habían sentido tristeza al ver que olvidaba a la pobre muerta; pero después se enternecieron pensando que el corazón de aquel muchacho no quería de ninguna manera abandonar los sitios y las personas que le eran caras, y que no buscaba en otra parte las afecciones que endulzan las amarguras de la vida. Y hacían la vista gorda, pensando que Gervasio tendría en Federico un compañero listo y activo, en tanto que Clara llegaba a la edad del matrimonio. Cuando ya habían discutido los preparativos y marcado el sitio en que debía ponerse la mesa, hubo una alegre invasión en aquel jardín encantado.

—¡No hay rosas!—gritaba Luisa.

—¡No!—decía Magdalena.—¡No hay ni una rosa blanca! Por más que hemos visto todos los rosales, no hay una sola flor blanca, todas son coloradas.

Aquellas tres muchachas tenían trece, once y nueve años. Luisa, garrida y bulliciosa, parecía ya una mujercita. Magdalena, delgada y esbelta, pasaba horas enteras tocando el piano. Margarita, con los labios gruesos, su nariz recta y su admirable cabellera rubia, recogía los pájaros en invierno, reavivándolos al calor de su seno. Las tres habían recorrido el jardín y el huerto buscando en vano las rosas que deseaban. Era natural que hubiese rosas en unas bodas. ¿De qué serían sino los ramilletes que se ofrecieran a la novia? Detrás de las tres muchachas apareció Gre-

gorio, que tenía quince años y era el más turbulento de los hermanos, pues se pasaba días enteros inventando diabluras. Para dar un disgusto a sus hermanas, dijo:

—Yo sé dónde hay rosas blancas, y muy hermosas por cierto.

—¿Dónde?—preguntó Mateo.

—En el molino, junto a la muela, hay tres rosales preciosos, que tienen rosas como coles.

Pero al ver que su padre le miraba severamente, se ruborizó.

Aquel le dijo:

—¡Cómo! ¿todavía andas rondando el molino? Te lo había prohibido. Y sin duda para saber si había rosas has entrado en el jardín.

—No, he mirado por encima de la pared.

—Vaya una gracia. ¿Quieres que tenga un disgusto con esos Lepalleur, que son de lo más ruin que conozco? Decididamente, hijo mío, creo que tienes el diablo en el cuerpo.

Lo que Gregorio callaba es que iba allí para encontrarse con Teresita, linda muchacha de trece años, que era tan endiablada como el mismo Gregorio. Sus juegos eran todavía juegos de niño; pero en el fondo del huerto, bajo unos manzanos, había un sitio delicioso en que le gustaba estar.

—¿Oyes lo que te digo?—añadió Mateo.—No quiero que vayas allí; Teresa es muy mona y muy cariñosa, pero no me gustan sus padres. Parece que ahora se pelean continuamente.

Era verdad. Cuando Antonio creyó estar curado del todo de la enfermedad asquerosa que contrajera en París, había sentido la nostalgia de la gran ciudad, y hacía todos los esfuerzos imaginables para volver a ella. Al principio, Lepalleur, irritado, se había opuesto violentamente. Pero, ¿en

qué ocupar a aquel muchacho a quien El mismo había infundido el odio de la tierra, el desprecio del viejo molino? Luego tenía contra él a la madre, que admiraba la ciencia de su hijo y estaba segura que al cabo llegaría a obtener una buena colocación en París. El padre tuvo que ceder, y Antonio fué a París como empleado de un comerciante de la calle del Mail. Cuando Lepailleur sospechaba que su mujer enviaba dinero al haragán de su hijo, entonces eran de oír los disgustos y las tremolinas que se armaban en aquella casa. Aquella familia podía considerarse como destruída, sin fuerza, sin dicha posibles. Mateo continuó, enfadado y colérico:

—Esas gentes podían ser felices. Pero con la manía de hacer un señorito de su hijo y con la otra que tienen arraigada de que la tierra es una madrastra, han conseguido hacer de aquél un perezoso, y que ésta no produzca casi nada ya que se cultiva de un modo verdaderamente estúpido. Tampoco comprendo cómo deja que su molino se arruine. Antes, tenía por lo menos la excusa de que no había trigo en el país; pero ahora, desde que Chantebled produce enormemente, podría ya haberse cuidado de mejorar sus útiles de molinenda. Si fuera mío el molino, ya tendría una máquina nueva, utilizando las aguas del Yeuse, y unido al ferrocarril de Jonville por una vía que no costaría mucho el construir.

Gregorio escuchaba, muy contento de que la tempestad se hubiese desviado, y Mariana consolaba a las niñas, apesadumbradas por no haber encontrado rosas blancas.

—Mañana podéis cogerlas de color más claro para la mesa, ya que al fin y al cabo es igual.

Mateo añadió:

—Coged también las rojas; simbolizan la sangre de la vida.

Mariana y Carlota hablaban todavía de los preparativos, cuando se oyeron unos pasos precipitados sobre la hierba. Eran los de Nicolás, que tenía siete años, y traía cogida de la mano a Berta, la hija de Carlota, con quien hacía muy buenas migas. Venían de la casa, donde se entretuvieron jugando cerca de la cuna de Benjamín y Guillermo. Pero cuando se despertaron los chiquillos y empezaron a chillar, ellos quisieron avisar a sus madres.

—¡Mamá!—dijo Nicolás,—Benjamín te llama, tiene sed.

—¡Mamá, mamá!—repitió Berta,—Guillermo también te llama.

Mariana y Carlota se rieron. Hablando de lo que había de hacerse para el día siguiente, se habían olvidado de dar el pecho a los pequeñuelos. ¡Cuánta alegría respiraba al día siguiente el cuadro de césped rodeado de árboles durante la comida! Había veintiún comensales a la mesa; toda la familia estaba allí: los de la granja, Dionisio, el novio, a quien raras veces se veía; luego Ambrosio y Andrea, que trajeron a su hijo Leoncio. Era una alegría aquella vuelta al nido familiar de los pájaros que ya habían volado, verse reunidos de nuevo, a pesar de la dispersión continua de la existencia. También estaban allí los Beauchéne y los Seguín, además de la señora Desvignes, que era madre de la novia. A la mesa principal se habían sentado veintiuno; pero en una mesita de al lado había tres chiquitos: Leoncio, que tenía quince meses y que acababan de desmamar, y Benjamín y Guillermo, que todavía mamaban. Formaban entre todos un número redondo, veinticuatro, dos docenas. La mesa, cu-

bierta casi de rosas, embalsamaba el aire bajo la lluvia de un sol de estío que la doraba a través del follaje. El firmamento, sin una nube, extendía de uno a otro horizonte su inmensidad azul. Se comió alegremente y se acabó por entrecuchar los vasos bebiendo a la salud de los novios y de todas las personas presentes. Entonces, en tanto que las criadas quitaban los manteles, Seguíñ quiso que Mateo le acompañara a visitar los establos. Durante todo el almuerzo no había hecho más que hablar de caballos, y tenía curiosidad de ver unos de labor de los que Mateo le había alabado la extraordinaria resistencia. Beauchêne les siguió, y Constanca y Valentina, que se asombraban del rápido incremento de aquella granja, también les acompañaron, dejando, bajo los árboles, al resto de la familia divertirse con la paz alegre de la hermosa tarde de fiesta. Los establos y las cocheras estaban a la derecha; pero para ir allí, era necesario atravesar el vasto patio desde el cual se abrazaba el conjunto de la propiedad.

Los visitantes se detuvieron allí, asombrados por la grandeza de la obra, que entonces pudieron contemplar. Sobre la meseta crecían apretadas y vigorosas las espigas. A derecha e izquierda, las pendientes que antes eran arenosas, aparecían verdes y regadas por los arroyos que les daban su fecundidad cada vez mayor. A lo lejos los bosques aireados por amplios claros parecían contener más savia, como si toda la vida decuplicada alrededor de ellos, le inyectara más fuerza y más potencia. Aquella fuerza, aquella potencia palpaban en la propiedad entera, patentizando la obra cumplida, el trabajo del hombre fertilizando la tierra estéril y haciéndole producir riquezas multilivadas para una humanidad más numerosa. Re-

no durante unos momentos profundo silencio. Después, Seguíñ, dijo con acento seco al que su ruina daba un dejo de amargura:

—Ha hecho usted un buen negocio. No lo hubiera creído nunca.

De nuevo se pusieron en marcha. Pero en los establos, en la vaquería, aquella sesión de fuerza y de potencia, se acentuó aun más. La creación continuaba; era una creación viviente, las vacas, los carneros, las gallinas, los conejos, todo lo que allí corría, saltaba y comía, era obra de vida. Cada año el arca se llenaba, se hacía demasiado chica, necesitaba más parques, más edificios. La vida aumentaba la vida; se vivía entre un pueblo que sin cesar crecía y por todas partes había nuevos rebaños, nuevos vuelos, en tanto que los gérmenes se multiplicaban y la concepción se producía en oleadas enormes que subían cada vez más. En los establos, Seguíñ admiró mucho los percherones, a fuerza de buen conocedor. Volvió a hablar de la cría de ganado, y citó a uno de sus amigos que obtenía resultados extraordinarios, gracias a algunos cruces.

—Por lo que toca a las bestias, acepto el «creced y multiplicaos», ya que nosotros, de buena o mala gana, aguantamos la vela.

A él mismo le hizo gracia la frase. Luego, al ver que volvían Constanca y Valentina, empezó a disparatar contra la vida y la fecundidad, afirmando que la despoblación no sería nunca bastante grande. La democracia, exasperando la ambición de los ciudadanos, era la gran despobladora. Unánimemente los pobres, los humildes, continuaban criando hijos, poblando el mundo, sin cuidarse de saber cómo crecerían. En cuanto a las clases estratificadas, cada vez engendraban menos, sentíanse

más refractarias a los groseros goces carnales, vivían de olores, de teorías, de soplos.

—Si el cristianismo, volviendo a sus primitivas teorías, condenaba a la mujer por impura y corruptora, quizá pudiéramos ir al desierto, a una Tebaida. Lo que me indigna es el catolicismo político, que, para vivir en paz con todos, tolera la ignominia del matrimonio y de la procreación. Gastón afirma que no se casará, que un oficial no debe tener otra mujer que su espada. Y en cuanto a Lucía, desde el día en que pronunció sus votos en el convento de las Ursulinas, estoy tranquilo del todo. Mi raza ha muerto. Y eso me regocija.

Mateo escuchaba sonriendo, porque ya conocía aquel pesimismo literario. En otras épocas, cuando no estaba todavía seguro de sus propias fuerzas, ni de la suerte que le reservaba el porvenir, aquellas teorías que presentaban a la civilización en lucha con la natalidad y que afirmaban la relativa infecundidad de las razas más inteligentes y fuertes, le habían turbado. Pero desde el momento en que el actor y la acción le habían demostrado que no se equivocaba, todo aquel pesimismo le tenía sin cuidado y comprendía que no tenía razón de ser. Así es que se contentó con responder irónicamente:

—¿Y dónde deja usted a Andrea con su Leoncio?

—¡Andrea! ¡bah!—respondió Seguin, indicando con un gesto que no la creía hija suya.

Valentina se había parado, mirándole fijamente. Desde que hacían vida aparte, no le toleraba sus brutales arranques de celos que tanto le habían hecho sufrir en otro tiempo. A causa de la pérdida de su fortuna, le tenía también sujeto, amenazándole le con un arreglo definitivo de cuentas.

—Sí—dijo Seguin,—es verdad, está Andrea; pero no hay que contar a las chicas.

Camñaban todos de nuevo cuando Beauchêne, que hasta entonces había callado fumando y mascando su tabaco, a causa de la reserva que le imponía el drama de su casa, no pudo contenerse más y exclamó con tono de profunda convicción:

—No soy de la escuela de Seguin. Reconozco sin embargo que dice cosas muy sensatas... No puede usted figurarse lo que me apasiona esa cuestión de natalidad. Es evidente que Malthus tenía razón, que los hombres no tienen derecho a engendrar hijos, sin preocuparse de saber cómo han de mantenerlos. Si los pobres se mueren de hambre, suya es la culpa, porque no somos nosotros los que amañamos a sus mujeres.

Lanzó una formidable carcajada y continuó hablando, repitiendo los argumentos que aducía siempre a tal caso. Dijo que únicamente las clases directoras demostraban tener prudencia restringiendo el número de sus hijos. Un país no puede producir sino una cantidad determinada de subsistencias, de modo que por fuerza tiene que ceñirse a tener un número también determinado de habitantes. La miseria aparece cuando los pobres engendran demasiado sobre sus pobres lechos. Afirmó que la riqueza estaba mal distribuída, pero que era propio de ilusos pensar en una sociedad utópica en que no hubiese patronos y sí únicamente hermanos que compartieran el trabajo y las ganancias. Añadió que de los miserables era la culpa de la miseria, siquiera ésta favoreciese a los patronos, ya que así podían emplear a muchos muchachos y rebajar el precio de la mano de obra. Hablando hablando, olvidóse de sus propios dolorosos recuerdos, y dijo:

—Se asegura que no somos patriotas, porque no tenemos un batallón de niños. Eso es todo, cada cual sirve a su guisa a la patria. Si los pobres le

dan soldados, nosotros le damos nuestros capitales, el esfuerzo de nuestra industria y de nuestro comercio... Cada cual sabe lo que se hace. Si alguna vez quedáramos arruinados a fuerza de tener un exceso de hijos, la patria misma padecería las fatales consecuencias de nuestra ruina. Con nuestras leyes y costumbres, no hay otra solución posible que la del hijo único... Aseguro a ustedes que el hijo único se impone y que representa la riqueza y la prudencia a un tiempo.

La escena resultaba tan penosa y triste, que todos callaron. El, en cambio, creía haberles convencido.

—En cuanto a mí...

Constancia le interrumpió. Estaba con la cabeza baja oyendo aquel chaparrón de palabras que la avergonzaban, que parecían agravar su derrota. En aquel momento levantó el rostro y vio que tenía los ojos inundados de lágrimas.

—¡Alejandro!

—¿Qué quieres, hija mía?

No había comprendido. Al verla llorar, acabó por turbarse; pero al pesar de eso, no se dió por vencido.

—Sí, tienes razón; nuestro pobre hijo... Pero los casos particulares no desmienten la teoría, y las ideas no se modifican a causa de ninguno de ellos.

Hubo unos momentos de silencio. Mateo pensaba en Morange, al que había invitado, pero que se excusó de asistir, como asustado de pensar en la alegría ajena y en aquella expedición relativamente larga, durante la cual podían cometerse toda clase de atentados contra su misterioso santuario.

Pensaba Mateo si Morange hubiera también defendido sus ideas de otro tiempo, la teoría del hijo único, el execrable cálculo de ambición que

había costado la vida a su mujer y a su hija. Y entrevió su silueta apesadumbrada y lamentable que pasaba haciendo gestos extraños que anunciaban que la demencia acechaba una nueva presa. Pero la lúgubre visión desapareció, y en cambio bajo la claridad del sol resplandeció de tal modo aquella extensión cubierta de musgo, rodeada de grandes árboles y llena de alegría y de los juegos de los muchachos, que Mateo no pudo contenerse y exclamó a pesar suyo:

—¡Vea usted si esto no es hermoso! Esto es lo que debiera pintar un artista para demostrar cuán hermosa y robusta es la vida.

En tanto que los Beauchéne y los Seguin habían ido a ver los establos, Carlota había repartido los «menús» adornados con delicadas acuarelas. Luego, mientras que las criadas levantaban los manteles, Gregorio ofreció a la recién casada un precioso ramillete de rosas blancas que sacó de entre las matas, donde lo había ocultado. Sin duda esperaba una ausencia de su padre, porque aquellas rosas eran del molino, cuyos rosales debió de saquear, ayudado por Teresa. Mariana comprendiendo la falta cometida, quiso reñirle; pero le faltó el valor viendo lo hermosas que eran aquellas flores que había conquistado el muchacho a riesgo de romperse la crisma, por el gusto de ofrecérselas a la novia.

—Estoy seguro de que papá no me reñirá—dijo Gregorio.—¡Mire usted qué hermosas son!

Los convidados rieron la gracia del muchacho, entonces hubo una nueva emoción. Benjamín y Guillermo, que se habían despertado, alborotaban pidiendo comida a su vez. Ya que todos habían almorzado con buen apetito, era muy justo que los niños almorzaran también. Como todos eran de la familia, se cumplió la operación sin

falsa vergüenza. Mariana fué a sentarse junto al tronco del roble y dió el pecho al pequeñuelo, mientras que Carlota, sentándose a su lado, desabrochóse también el vestido y dió de mamar a Guillermo, que era muy glotón. Andrea se sentó también junto a ellas, teniendo a Leoncio en la falda, el cual, aunque destetado algunos días antes, gustaba de sentir el calor del seno maternal donde bebiera la vida. Se habló naturalmente de las mujeres que no crían a sus hijos. Ambrosio contó que la suya, Andrea, tenía la convicción de no poder criar, de no tener leche, pero que él la dijo que probara, y entonces acudió la leche y crió perfectamente.

—Es mucha verdad lo que dice Ambrosio—exclamó Andrea riendo.—Tenía miedo de criar, porque todas mis amigas me disuadían de ello. Confieso que al principio me parecía eso muy duro, pero ahora no pueden ustedes figurarse cuán contenta estoy de haberlo hecho.

Dió un beso muy sonoro a Leoncio. Entonces la novia, Marta, tuvo una salida involuntaria que redobló la alegría.

—¿Oyes, mamá? No soy tan robusta como mi hermana Carlota; pero no importa, criaré.

Entonces fué cuando los Beauchéne y los Seguirín reaparecieron con Mateo. Todos los invitados reían de las palabras de Marta, y ésta se había ruborizado. En el cuadro de los grandes árboles, bajo el roble patriarcal, cual si hubiera brotado de la tierra fértil, entre la espesa hierba, la familia toda se agrupaba, formando un conjunto triunfante de alegría, de fuerza y de belleza. Gervasio y Clara, siempre activos, ayudaban, lo mismo que Federico, a las criadas, que tardaban en servir el café. Las tres hijas solteras de Mateo, de acuerdo con Gervasio, arreglaban las flores que habían

en la mesa, disponiéndolas en otra forma. Los recién casados, Dionisio y Marta, hablaban en voz baja, un tanto apartados de los demás, en tanto que la madre de la novia, la señora Desvignes, les escuchaba embelesada, sonriendo con infinita ternura.

En el centro estaba Mariana amamantando a su undécimo hijo, fresca, joven todavía, bella sobremanera, riendo a su Benjamín, que chupaba con increíble apetito, y acariciando a Nicolás, que se había sentado sobre la rodilla que le dejaba libre el pequeñín. Sus dos nueras parecían formar parte de ella misma; Andrea, a su izquierda, teniendo al lado a Ambrosio, que atormentaba a su hijo; Carlota a su derecha con los dos niños; Guillermo, al que daba el pecho, y Berta, medio escondida entre sus faldas. La vida había germinado allí potente y fecunda, gracias a la fe que se había tenido en ella.

Seguirín, dirigiéndose a Mariana, bromeó:

—¿Este caballero es el decimocuarto que amamanta usted?

—No, no hay que exagerar. He tenido catorce; pero dos no fueron viables. He criado doce; esa es la verdad.

Beauchéne, que ya estaba otra vez tranquilo, exclamó:

—Son demasiados chiquillos; ¡esto es una locura!

—Pienso lo mismo—dijo riendo también Mateo.

—Si no es una locura, se le parece mucho; es un exceso reprochable. Cuando estamos solos mi mujer y yo, algunas veces tenemos que confesar que hemos ido demasiado lejos. Por otra parte, no creemos que todos tienen que seguir nuestro ejemplo. Pero, de todos modos, y en los tiempos que corren, vale más pecar por carta de más, que por

carta de menos. Si hemos exagerado un poco, mejor para el país; éste debe desear que nuestra locura sea contagiosa... Lo único que hay que temer, es que la prudencia sea la que venga.

Mariana escuchaba sonriendo, aun cuando los ojos se le llenaban de lágrimas. Sentía que una tristeza de ternura la invadía. La herida sangrienta todavía, abrióse de nuevo al ver reunidos alrededor suyo a todos los hijos nacidos de su carne y criados a sus pechos.

—Sí—murmuró con voz temblorosa;—este hace doce, pero no me quedan sino diez. Los otros dos duermen ya en el seno de la tierra, donde nos aguardan.

Aquella evocación hecha por la madre, del cementerio de Jonville, de la tumba de la familia, en la cual todos los hijos esperaban dormir el sueño eterno unos al lado de otros, no causó ningún terror, antes al contrario, pareció una promesa halagüeña hecha en aquellos instantes de alboroto. El recuerdo querido de los dos muertos vivía aún en todos los corazones, a pesar de los meses que habían transcurrido cicatrizando la llaga. Todos sabían que no existe la vida sin la muerte. Cada cual debía cumplir su tarea, y luego, al acabar la jornada, iría a encontrar a sus ascendientes en el reino inmenso del eterno reposo, donde se cumplía la gran fraternidad humana. Al advertir la imprudencia de Beauchéne y de Seguín, que no querían confesarse vencidos, Mateo sintió que acudían a sus labios palabras elocuentes y abundosas para rebatir sus teorías. ¡Cómo! ¿Aun se atrevían a decir que la tierra estaba harto poblada, que en breve no podría sostener la población que tenía? No tenían que hacer sino como él: cada vez que echaban un hijo al mundo, labrar nuevos campos. Así se equilibraban las fuerzas. De buena gana hubie-

enseñado lo que ocurría en Chantebled, más y más a medida que mayor era el número de los hijos. Ninguno de los de Mateo estorbaba a los otros, cada cual vino con su pan debajo del brazo. Aunque nacieran millones y millones de seres, la tierra era bastante grande para sustentarlos a todos. ¿Acaso las civilizaciones, los progresos, no se habían cumplido siempre bajo el empuje de los que luchaban? Gracias a la imprevisión de las muchedumbres, los pobres se lanzaban a la conquista de la verdad, de la justicia, de la dicha. En lo por venir, la humanidad sentiría más afán, más deseo de justicia y equidad. Si era verdad que la civilización fuera un freno contra un exceso de natalidad, cabía esperar que, en siglos venideros, la tierra obtuviera el equilibrio natural y estable que hacían Mariana y él antojábasele el ejemplo necesario para regenerar las comarcas, las provincias, los países.

Abrió ya los labios para replicar, cuando comprendió lo inútil de la discusión. En la vida y en el mundo, los hechos son los que se imponen sobre las palabras. Aquella madre, aun robusta y sana, rodeada de sus hijos, sanos y vigorosos, danzando aún el pecho al último, bajo las ramas de aquel árbol plantado por sus manos, eran la mejor, la más contundente réplica. Sólo una cosa le pareció oportuna y convincente: Besar y abrazar a su mujer ante todos los invitados. Al hacerlo, dijo:

—Tú eres la mejor y la más fecunda. ¡Ojalá las demás sigan tu ejemplo!

Mariana devolvió el beso y el abrazo y hubo una tempestad de aplausos y aclamaciones. Ambos eran los héroes, unos santos, gracias a su fe en las fuerzas de la vida, a su voluntad nunca quebrantada. Constanza lo comprendió, al advertir la fuer-

za de la fecundidad, al ver a los Froment dueños de la fundición por Dionisio, dueños del hotel Seguin por Ambrosio, dueños de la comarca por sus otros hijos. Era el número, era la victoria. Vencida, teniendo conciencia de su vencimiento, aunque esperando algún abominable desquite de la suerte, volvió la cabeza y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Benjamín y Guillermo mamaban sin descanso. Mariana había cambiado de pecho a su hijo; Carlota vigilaba al suyo, a fin de que no la mordiera. Si no hubiese reinado tan bulliciosa alegría, se hubiese oído el ruido que hacía la leche al circular, ese arroyuelo que forma parte del torrente de savia que hincha la tierra, estremeciendo los grandes árboles y fecunda el mundo. Por todas partes, la vida arrastraba gérmenes a millares, creando, fecundando, nutriendo. Y para realizar la eterna obra de la vida, la leche manaba sin fin del pecho de las hembras.

LIBRO SEXTO

I

En la mañana de un domingo, Norina y Cecilia, que, a pesar de la festividad del día, trabajaban afanosamente a los lados de su pequeña mesa, por la proximidad de las Pascuas, recibieron una visita que las dejó pálidas de estupor y espanto. Hasta entonces su vida habíase deslizado tranquila y apacible, sin más preocupaciones que la entrega semanal del trabajo realizado y el dinero ahorrado que poner en la hucha cada tres meses. Habitaban ya ocho años en la vasta cámara de la calle de la Federación, junto al Campo de Marte; el hijo de Norina había crecido gallardamente entre sus dos madres, igualmente apasionadas y tiernas para él, tanto, que el muchacho acababa por confundirlas y no saber, a ciencia cierta, quién era verdaderamente su mamá, si es que una de ellas podía serlo más que la otra. Norina y Cecilia no trabajaban ni vivían ya más que para él,